

Entre Memoria e Historia: La problemática de los lugares*

Pierre Nora

I. El fin de la historia-memoria

Aceleración de la historia. Más allá de la metáfora, hay que tornar la medida de lo que significa la expresión: un balanceo cada vez más rápido en un pasado definitivamente muerto la percepción global de todo como desaparecido –una ruptura de equilibrio. El desgarramiento de lo que todavía había de vivido en el calor de la tradición, en el mutismo de la costumbre, en la repetición de lo ancestral, bajo el empuje de un sentimiento histórico de fondo. El acceso a la conciencia de sí bajo el signo de lo pasado, la terminación de algo comenzado desde siempre. Sólo se habla de memoria porque no hay más.

La curiosidad por los lugares donde se cristaliza y se refugia la memoria está ligada a este momento particular de nuestra historia. Momento en el que la conciencia de la ruptura con el pasado se confunde con el sentimiento de una memoria desgarrada; pero en el que el desgarramiento despierta aún bastante memoria para que pueda plantearse el problema de su encarnación. El sentimiento de continuidad se vuelve residual a los lugares. Hay lugares de memoria porque no hay más medios de memoria.

Pensemos en esta mutilación sin retorno que representó el fin de los campesinos, esta colectividad-memoria por excelencia cuya moda como objeto de la historia coincidió con el apogeo del crecimiento industrial. Este desmoronamiento central de nuestra memoria es solamente un ejemplo. Todo el mundo entró en el baile, por el fenómeno de la mundialización tan conocido, de la democratización, de la masificación, de la mediatización. En la periferia, la independencia de las nuevas naciones llevó p la historicidad a sociedades ya despiertas de su sueño etnológico por la violación colonial. Y por el mismo movimiento de descolonización interior, todas las fincas, grupos, familias, con fuerte capital de memoria y con débil capital histórico. Final de las sociedades-memoria, como todas las que garantizaban a conservación y la transmisión de valores, iglesia o escuela, familia o Estado. Final de las

* En: Nora, Pierre (dir.); *Les Lieux de Mémoire; 1: La République* París, Gallimard, 1984, pp. XVII-XLIL. Traducción para uso exclusivo de la cátedra Seminario de Historia Argentina Prof. Fernando Jumar C.U.R.Z.A. - Univ. Nacional del Comahue.

ideologías-memoria, como todas las que garantizaban el, pasaje regular del pasado al porvenir o que indicaban lo que había que retener del pasado para preparar el porvenir; ya sea que se trate de la reacción, del progreso e incluso de la revolución. Más aún: el modo mismo de la percepción histórica, con la ayuda de los medios, se dilató prodigiosamente, sustituyendo a una memoria replegada sobre la herencia de su propia intimidad la película efímera de la actualidad

Aceleración: lo que el fenómeno acaba de revelarnos brutalmente, es toda la distancia entre la memoria verdadera, social e intocada, la de las sociedades llamadas primitivas, o arcaicas que representaron el modelo y se llevaron el secreto –y la historia, que es lo que hacen del pasado nuestras sociedades, llevadas por el cambio, condenadas al olvido. Entre una memoria integrada, dictatorial e inconsciente de ella misma, organizadora y todopoderosa, espontánea ni ente actualizadora, una memoria sin pasado que reconduce eternamente herencia, devolviendo el antaño de los ancestros al tiempo indiferenciado de los héroes, de los orígenes y de los mitos. Distancia que se ha profundizado a medida que los hombres se reconocieron, y cada vez más desde los tiempos modernos un derecho, un poder e incluso un deber de cambio. Distancia que hoy encuentra su desenlace convulsivo.

Este desgarramiento de memoria bajo el empuje: conquistador de la historia tiene un efecto de revelación: la ruptura de una identidad muy antigua, el fin de lo que vivimos como una evidencia: la adecuación de la historia y la memoria. El hecho de que haya sólo una palabra en francés para designar la historia vivida y la operación intelectual que la hace inteligible (lo que los alemanes distinguen como *Geschichte* e *Historie*), enfermedad del lenguaje a menudo señalado, da aquí su profunda verdad: el movimiento que nos lleva es de la misma naturaleza que el que nos la representa. Si habitáramos nuestra memoria no tendríamos necesidad de consagrarle lugares. No habría lugares porque no habría memoria llevada por la historia. Cada gesto, hasta el más cotidiano, sería vivido como la repetición religiosa de lo que se ha hecho o desde siempre, en una identificación carnal del acto y del sentido. Desde que hay huella, distancia, mediación, ya no estamos en la memoria verdadera, sino en la historia. Pensemos en los judíos, confinados en la fidelidad cotidiana al ritual de la tradición. Su constitución en “pueblo de la memoria” excluía una preocupación de historia, hasta que su apertura al mundo moderno le impone su necesidad de historiadores.

Memoria, historia: lejos de ser sinónimos, tomamos consciencia de que todo las opondrá. La memoria es la vida, siempre llevada por grupos vivientes y a este título, está

en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, susceptible a largas latencias y repentinas revitalizaciones. La historia es la reconstrucción, siempre problemática e incompleta, de lo que ya no es. La memoria es un fenómeno siempre actúa un lazo vivido en presente eterno; la historia, una representación, del pasado. Porque es afectiva y mágica, la memoria sólo se acomoda de detalles que la reconfortan; ella se alimenta de recuerdos vagos, globales o flotantes, particulares o simbólicos, sensible a todas las transferencias, pantallas, censura o proyecciones. La historia, como operación intelectual y laica, utiliza análisis y discurso crítico. La memoria instala el recuerdo en lo sagrado la historia lo desaloja, siempre procesa. La memoria sorda de un grupo que ella suelda, lo que quiere decir, como lo hizo Halbwachs, que hay tantas memorias como grupos; que ella es por naturaleza múltiple y desmultiplicable, colectiva, plural e individualizable. La historia, al contrario, pertenece a todos y a nadie, lo que le a vocación universal. La, memoria tiene su raíz en lo concreto, en el espacio, el gesto, la imagen y el objeto La historia sólo se ata a las continuidades temporales, a las evoluciones y a las relaciones entre las cosas. La memoria es un absoluto y la historia sólo conoce lo relativo.

En el corazón de la historia trabaja un criticismo destructor de memoria espontánea. La memoria siempre es sospechosa para la historia cuya misión es destruirla y rechazarla. La historia es la deslegitimación del pasado vivido. En el horizonte de las sociedades de historia, en los límites de un mundo completamente historizado, habría desacralización última y definitiva. El movimiento de la historia, la ambición histórica no es la exaltación de lo que verdaderamente pasó sino su anulación. Sin duda un criticismo generalizado conservaría los museos, las medallas y los monumentos, es decir el arsenal necesario para su propio trabajo, pero vaciándolos de lo que, a nuestros ojos hace de ellos lugares de memoria. Una sociedad que se viviera íntegramente bajo el signo de la historia no conocería, al fin de cuentas, más lugares donde anclar su memoria que una sociedad tradicional

Uno de los signos más tangibles de este desgarramiento de la historia a la memoria es tal vez el principio de una historia de la historia, el despertar, en Francia reciente, de una consciencia historiográfica. La historia, y más precisamente la del desarrollo nacional, constituyó la más fuerte tradición colectiva; por excelencia nuestro medio de memoria. Desde los cronistas de la Edad Media hasta los historiadores contemporáneos de la historia “total” toda la tradición histórica se desarrolló como el ejercicio regulado de la memoria y su profundización espontánea, la reconstitución de

un pasado sin lagunas ni fallas. Ninguno de los grandes historiadores, desde Froissart, tenía el sentimiento de representar sólo una memoria particular. Commynes no tenía consciencia de recoger solamente una memoria dinástica, La Popelinière una memoria francesa, Bossuet una memoria monárquica y cristiana, Voltaire la del progreso del género humano, Michelet únicamente la del “pueblo” y Lavissee la única memoria de la nación. Por el contrario, estaban imbuidos del sentimiento de que su tarea consistía en establecer una memoria más positiva que los precedentes, más englobadora y más explicativa. El arsenal científico del que se dotó la historia en el siglo pasado reforzó con mucho empuje el establecimiento crítico de una memoria verdadera. Todas las grandes modificaciones históricas consistieron en ampliar el plato de la memoria colectiva.

En un país como Francia, la historia de la historia no puede ser una operación inocente. Esta traduce la subversión interior de una historia-memoria por una historia-crítica. Toda historia es, por naturaleza, crítica, y todos los historiadores pretendieron denunciar las mitologías mentirosas de sus predecesores. Pero a algo fundamental comienza cuando la historia comienza a hacer su propia historia. El nacimiento de una preocupación historiográfica, la historia se pone en el deber de acorralar en ella lo que no es ella, descubriéndose víctima de la memoria y haciendo un esfuerzo para darse. En un país que no habría dado a la historia un rol rector y formador de la consciencia nacional, la historia de la historia no se encargaría de ese contenido polémico. En Estados Unidos, por ejemplo, país de memoria plural y de aportes múltiples, la disciplina se practica desde siempre. Las interpretaciones diferentes de la Independencia o de la guerra civil, tan densas como sean las apuestas, no vuelven a poner en tela de juicio la Tradición americana porque, en un sentido, no hay o no pasa principalmente por la historia. Al contrario, en Francia, la historiografía es iconoclasta e irreverente. Consiste en adueñarse de los objetos mejor constituidos de la tradición –una batalla clave como Bouvines, un manual canónico, como el pequeño Lavissee- para demostrar el mecanismo y reconstituir lo mejor posible las condiciones (...) corazón la lámina crítica entre el árbol de la memoria y la corteza de la historia. Hacer la historiografía de la Revolución Francesa, reconstituir sus mitos y sus interpretaciones significa que ya no nos identificarnos completamente con su herencia. Interrogar una tradición, tan venerable como sea, es ya no reconocerse igualmente portador. Ahora bien, no son solamente los objetos más sagrados de nuestra tradición nacional que se propone una historia de la historia; interrogándose sobre sus medios materiales y conceptuales, sobre los procedimientos de su propia producción y las paradas sociales de su difusión, sobre su propia constitución en

tradición, es la historia entera la que entró en su edad historiográfica, consumando su desidentificación con la memoria. Una memoria que se transformó en objeto de una historia posible.

Hubo un tiempo en el que a través de la historia y alrededor de la Nación, una tradición de memoria había, parecido encontrar su cristalización en la síntesis de la III República. Desde *Lettres sur l'histoire de France* de Augustin Thierry (1827) hasta la *Histoire sincère de la nation française* de Charles Seignobos (1933), adoptando una cronología amplia. Historia, memoria, Nación, tuvieron entonces más que una circulación, natural: una circularidad complementaria, una simbiosis a todos los niveles, científico y pedagógico, teórico y práctico. La definición nacional del presente buscaba entonces imperiosamente su justificación por el esclarecimiento del pasado. Presente fragilizado por el traumatismo revolucionario que imponía una reevaluación global del pasado monárquicos; fragilizado también por la derrota de 1870 que hacia más urgente, con relación a la ciencia alemana como al maestro alemán, el verdadero vencedor de Sadowa, el desarrollo de una erudición documental y la transmisión escolar de memoria. Nada iguala el tono de responsabilidad nacional del historiador, mitad padre, mitad soldado: esto se ve por ejemplo en el editorial del primer número de la *Revue Historique* (1876) dónde Gabriel Monod podía ver legítimamente “la investigación científica desde ahora lenta, colectiva y metódica” trabajar de una “manera secreta y segura para la grandeza de la patria al mismo tiempo que para el género humano”. Con la lectura de textos como este o de cientos de otros parecidos, nos preguntamos cómo pudo acreditarse la idea de que la historia positivista no era acumulativa. En la perspectiva finalizada de una constitución nacional, lo político, lo militar, lo biográfico y lo diplomático son por el contrario los pilares de la continuidad. La derrota de Azincourt o la puñalada de Ravallac, el día de los Dupes o tal o cual cláusula de los tratados de Westphalie muestran una contabilidad escrupulosa. La erudición más puntillosa agrega o resta un detalle al capital de la nación. Unidad pujante de este espacio de memoria: desde nuestra cuna greco-romana hasta el imperio colonial de la República, no más cesura que entre la alta erudición que anexa al patrimonio nuevas conquistas y el manual escolar que impone la vulgata. Historia santa porque nación santa. Es por la nación que nuestra memoria se mantuvo sobre lo sagrado.

Comprender por qué se deshizo bajo el nuevo empuje desacralizador sería mostrar cómo, en la crisis de los años treinta, a la pareja Estado-Nación se sustituyó progresivamente la de Estado-sociedad. Y cómo, al mismo tiempo y por idénticas

razones, la historia, que se había vuelto de tradición de memoria, se hizo saber de la sociedad sobre ella misma, espectacularmente en Francia. A este título, pudo multiplicar los golpes de proyector sobre memorias particulares, transformarse en laboratorio de las mentalidades del pasado, pero librándose de la identificación nacional, dejó de estar habitada por un tema portador, y, al mismo tiempo, perdió su vocación pedagógica en la transmisión de valores: la crisis de la escuela está allí para mostrarlo. La nación ya no es el marco unitario que encerraba la consciencia de la colectividad, Su definición ya no está puesta en tela de juicio, y la paz, la prosperidad y su reducción de potencia hicieron el resto: ya sólo está amenazada por la ausencia misma de amenazas. Con el advenimiento de la sociedad en lugar de la Nación, la legitimación por el pasado, por lo tanto por la historia, cedió el paso a la legitimación por el porvenir. Al pasado sólo podíamos conocerlo y venerarlo y a la Nación servirla: el futuro hay que prepararlo. Los tres términos recobraron su autonomía. La Nación ya no es un combate, sino un hecho; la historia se transformó en una ciencia social; y la memoria en un fenómeno puramente privado. La nación-memoria habrá sido la última encarnación de historia-memoria.

El estudio de los lugares de memoria se encuentra así en el cruce de dos movimientos que le dan, en Francia hoy, su lugar y su sentido: por un lado un movimiento puramente historiográfico, el momento de un retorno reflexivo de la historia sobre ella misma; por otro lado un movimiento propiamente histórico, el fin de una tradición de memoria. El tiempo de los lugares, es ese momento preciso en el que un inmenso capital que vivimos en la intimidad de una memoria, desaparece para vivir solamente bajo la mirada de una historia reconstruida. Profundización decisiva del trabajo de la historia, por un lado, advenimiento de una herencia consolidada, por el otro. Dinámica interna del principio crítico, agotamiento de nuestro marco histórico político y mental, bastante potente aún como para que no seamos indiferentes, lo suficientemente evanescente como para no imponerse más que por un retorno sobre sus símbolos más brillantes. Los dos movimientos se combinan para enviarnos al mismo tiempo, y con el mismo envión, a los instrumentos de base del trabajo histórico y a los objetos más simbólicos de nuestra memoria: los Archivos en pie de igualdad que los "Tres Colores", las bibliotecas, los diccionarios y los museos al igual que las conmemoraciones, las Fiestas, el Pantheón, o el Arco de Triunfo; el diccionario Larousse y el muro de los Federados.

Los lugares de memoria son, en primer lugar restos. La forma extrema donde subsiste una consciencia conmemorativa en una historia que la convoca porque la

ignora. La desritualización de nuestro mundo es la que hace aparecer la noción. Lo que secreta, erige y establece, construye, decreta, mantiene por el artificio y por la voluntad una colectividad fundamentalmente compenetrada en su transformación y renovación. Valorando por naturaleza lo nuevo sobre lo antiguo, lo joven sobre lo viejo, el porvenir sobre el pasado. Museos, archivos, cementerios y colecciones, fiestas, aniversarios, tratados, causas judiciales, monumentos, santuarios, asociaciones, son los testimonios de otra edad, ilusiones de eternidad. De allí el aspecto nostálgico de estas empresas piadosas, patéticas y glaciales. Son los rituales de una sociedad sin ritual; sacralización pasajera en una sociedad que desacraliza, fidelidades particulares en una sociedad que pule los particularismos, diferenciaciones de hecho en una sociedad que nivela por principio; signos de reconocimiento y de pertenencia de grupo en una sociedad que tiende a reconocer solo a los individuos idénticos.

Lugares de memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, que hay que crear archivos, que hay que mantener los aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, levantar actas, porque estas operaciones no son naturales. Es por esto que la defensa de una memoria refugiada de las minorías sobre hogares privilegiados y celosamente guardados llevan a la incandescencia la verdad de, todos los lugares de memoria. Sin vigilancia conmemorativa, la historia los barrería rápidamente. Son los bastiones sobre los cuales se sostienen. Pero si lo que defienden no estuviera amenazado no habría necesidad de construirlos. Si viviéramos realmente los recuerdos que ellos encierran, serían inútiles. Si, por el contrario, la historia no se adueñara de ellos para deformarlos, transformarlos, y petrificarlos, no serían lugares para la memoria. Es este vaivén lo que los constituye: momentos de historia arrancados al movimiento de la historia pero que son devueltos. Ya no es ni la vida ni la muerte, como esas conchas sobre la orilla cuando se retira el mar de la memoria viva.

La Marsellesa o los monumentos a los muertos viven de esta vida ambigua petrificados de un sentimiento mezclado de pertenencia y de desapego. En 1790 el 14 de julio ya era, y no todavía un lugar de memoria. En 1880, su institución en fiesta nacional lo instaló como lugar de memoria oficial, pero el espíritu de la República todavía era un recurso verdadero. ¿Y hoy? La pérdida de nuestra memoria nacional viva nos impone sobre ella una mirada que ya no es ni *naïf* ni indiferente. Memoria que nos atormenta y que ya no es la nuestra, entre la desacralización rápida y la sacralidad provisoria. Atadura visceral que todavía nos mantiene deudores de lo que nos hizo, pero lejanamente histórica que nos obliga a considerar con ojos fríos la herencia y a

establecer un inventario. Lugares rescatados de una memoria que ya no habitamos, mitad oficial e institucional, mitad afectiva y sentimental lugares de unanimidad que ya no expresan convicción militante ni participación apasionada, pero donde todavía palpita algo de una vida simbólica. Balanceo de lo memorial a lo histórico, de un mundo en el que teníamos ancestros a un mundo de relación contingente con lo que nos hizo, pasaje de una historia totémica a una historia crítica; es el momento de los lugares de memoria. Ya no celebramos la nación pero estudiamos sus celebraciones.

II. La memoria recogida por la historia

Todo lo que hoy llamamos memoria, no es entonces memoria sino historia. Todo lo que llamamos llamarada de memoria es la culminación de su desaparición en el fuego de la historia. La necesidad de memoria es la necesidad de historia.

Sin duda es imposible prescindir de la palabra. Aceptémoslo pero con la consciencia clara de la diferencia entre la memoria a verdadera, hoy refugiada en el gesto y la costumbre, en los oficios en los que se transmite el saber del silencio, en el saber del cuerpo, las memorias de impregnación y en el saber reflejo, y la memoria transformada por su paso en historia, que es casi lo contrario, voluntaria y deliberada, vivida como un deber y ya no espontánea; psicológica e individual y subjetiva, y ya no social, colectiva, englobadora. De la primera, inmediata, a la segunda, indirecta ¿qué es lo que pasó?.

Es primero una memoria, a diferencia de la otra, archivística. Se apoya toda en lo más preciso de la huella, lo más material del vestigio, lo más concreto de la grabación, lo más visible de la imagen, El movimiento que comenzó con la escritura culmina en la alta fidelidad y la cinta magnética. Cuanto menos vivida desde el interior sea la memoria mas necesita exteriores y referencias tangibles vive sólo a través de ellos. De allí la obsesión del archivo que marca lo contemporáneo, y que afecta al mismo tiempo la conservación integral de todo lo presente y la preservación integral de todo lo pasado. El sentimiento de un desvanecimiento rápido y definitivo se combina con la inquietud de la exacta significación del presente y la incertidumbre del porvenir para dar al más modesto de los vestigios, al más humilde de los testimonios la dignidad virtual de lo memorable. ¿No tuvimos ya bastante para deplorar en nuestros predecesores la destrucción o la desaparición de lo que nos permitiría saber, para caer en el mismo reproche de parte de nuestros sucesores? El recuerdo pasó por su

reconstitución más minuciosa. Es una memoria registradora, la que delega al archivo el cuidado de acordarse por ella. Coleccionadores, eruditos y benedictinos se consagraron en otros tiempos a la acumulación de documentos, como marginales de una sociedad que avanzaba sin ellos y de una historia que se escribía sin ellos. Luego, la historia-memoria puso ese tesoro en el centro de su trabajo erudito para difundir el resultado por las mil vías sociales de su penetración. Hoy, cuando los historiadores se desprendieron del culto por los documentos, la sociedad entera vive en la religión conservadora y en el productivismo archivístico. Lo que llamamos memoria es en realidad, la constitución gigantesca y vertiginosa del stock material de aquello que es imposible que recordemos. La “memoria de papel” de la que hablaba Leibniz se convirtió en una institución autónoma de museos, bibliotecas, depósitos, centros de documentación, bancos de datos. Para los archivos públicos, los especialistas estiman que la revolución cuantitativa, en algunas décadas, se tradujo en una multiplicación por mil. Ninguna época ha sido tan voluntariamente productiva de archivos como la nuestra, no solamente por el volumen que secreta espontáneamente la sociedad moderna, no sólo por los medios técnicos de reproducción y conservación de los que dispone, sino por la superstición y el respeto de la huella. A medida que desaparece la memoria tradicional, sentimos que debemos acumular religiosamente vestigios, testimonios, documentos, imágenes, discursos, signos visibles de lo que fue, como si este catálogo cada vez más prolífico debiera transformarse en una prueba para no se sabe qué tribunal de la historia. Lo sagrado se colocó en la huella de la que es su negación. Imposible prejuzgar aquello de lo que habrá que acordarse. De allí que haya que destruir la inhibición, constituir todo en archivos, dilatación indiferenciada del campo de lo memorable, la hinchazón hipertrófica de la función de memoria, ligada al sentimiento mismo de su pérdida, y el refuerzo correlativo de todas las instituciones de la memoria. Un extraño vuelco se operó entre los profesionales, a quienes se les reprochaba en otra época la manía conservadora y los productores naturales de archivos. Hoy son las empresas privadas y las administraciones públicas las que acreditan archivistas con la recomendación de guardar todo, cuando los profesionales prendieron que lo esencial del oficio es el arte de la destrucción controlada.

La materialización de la memoria en pocos años se dilató prodigiosamente se desmultiplicó, se descentralizó, se democratizó. En los tiempos clásicos, los tres grandes emisores de archivos se reducían a las grandes familias a la Iglesia y al Estado. ¿Quién no se siente hoy obligado a consignar sus recuerdos, a escribir sus Memorias, no solamente los pequeños actores de la historia, sino sus testigos, su esposa y su médico? Cuanto menos extraordinario es el testimonio, más digno parece

de ilustrar una mentalidad media. La liquidación de la memoria se soldó por una voluntad general de grabación. En una generación, el museo imaginario del archivo se enriqueció prodigiosamente. El año del patrimonio, 1980, dio el ejemplo espectacular, llevando la noción hasta las fronteras de lo incierto. Diez años antes, el Larousse de 1970 limitaba el patrimonio al “bien que viene del padre o de la madre”. El *Petit Robert* de 1979 dice “la propiedad transmitida por los ancestros, el patrimonio cultural de un país”. De una concepción muy restrictiva de los monumentos históricos, se pasó bruscamente, con la convención sobre los sitios de 1972, a una concepción que teóricamente podría no dejar escapar nada.

No solamente guardar todo, conservar todo de los signos; indicativos de la memoria, incluso si no sabemos exactamente de qué memoria son indicadores. Pero producir archivos es el imperativo de la época. Tenemos el ejemplo preocupante, con los archivos de la Seguridad Social –suma documental sin equivalente, que representa hoy trescientos kilómetros lineales, masa de memoria en bruto cuyo examen detenido por, computadora permitiría idealmente leer lo normal y lo patológico de la sociedad, desde los regímenes alimentarios hasta los modo de vida, por región o por profesión; pero al mismo tiempo, masa cuya conservación tanto como su explota explotación concebible utilizarla elecciones drásticas y sin embargo imposibles de hacer. Archiven, archiven, siempre quedará algo. ¿No es otro ejemplo que dice algo, el resultado al que la muy legítima preocupación de las recientes encuestas orales? Actualmente hay en Francia más de trescientos equipos encargados de recoger “esas voces que nos vienen del pasado” (Philippe Joutard). Muy bien. Pero cuando pensamos un instante que se trata de archivos de un género muy especial, cuyo establecimiento exige treinta y seis horas por una hora de grabación y cuya utilización no puede ser puntual, porque toman su sentido de la audición integral, es imposible no interrogarse sobre su explotación posible. ¿De qué voluntad de memoria éstas llevan el testimonio, la de los encuestados, o la de los encuestadores?. El archivo cambia de sentido y de estatus por su simple peso. Ya no es el resto más o menos intencional de una memoria vivida, sino la secreción voluntaria y organizada de una memoria perdida. Desdobla lo vivido, que a menudo se desarrolla en función de su propia grabación –¿acaso las actualidades están hechas de otra cosa?-, de una segunda memoria, de una memoria-prótesis. La producción indefinida del archivo el efecto agudo de una consciencia nueva, la expresión más clara del terrorismo de la memoria historizada.

Ocurre que esta memoria nos viene del exterior y la internalizamos como una presión individual porque ya no es una práctica social.

El pasaje de la memoria a la historia obligó a cada grupo a redefinir su identidad por la revitalización de su propia historia. El deber de memoria hace de cada uno el historiador de sí mismo. El imperativo de historia superó, por mucho, al círculo de los historiadores profesionales. No son solamente los antiguos marginados de la historia oficial que se obsesionan por recuperar su pasado enterrado. Son todos los cuerpos constituidos, intelectuales o no, sabios o no, quienes a la manera de las etnias y de las minorías sociales sienten la necesidad de salir a la búsqueda de su propia constitución, de re encontrar sus orígenes. No hay familia donde no haya un miembro que no se haya lanzado recientemente a la reconstitución tan completa como sea posible de las existencias furtivas cuyo resultado es la suya. El aumento de la investigación genealógica es un fenómeno reciente y masivo: el informe anual de los Archivos Nacionales lo cifra en un 43% en 1982 (contra el 38% de frecuentaciones universitarias). Hecho sorprendente: no son historiadores de oficio a quienes les debemos las historias más significativas de la biología, de la física, de la medicina o de la música, sino a biólogos, físicos, médicos y músicos. Son los mismos maestros quienes tomaron a cargo la historia de la educación, comenzando por la educación física, hasta la enseñanza de filosofía. En el encadenamiento de saberes constituidos, cada disciplina se puso a verificar sus fundamentos por el recorrido retrospectivo de su propia constitución. Es la filosofía la que sale a la búsqueda de sus padres fundadores, es la etnología que, desde los cronistas del siglo XVI hasta los administradores coloniales, emprende la exploración de su propio pasado. Hasta la crítica literaria se ocupa de reconstituir la génesis de sus categorías y de su tradición. La historia completamente positivista, la, encuentra en esta urgencia y esta necesidad una difusión y una penetración en profundidad que ella nunca había conocido. El fin de la historia-memoria multiplicó las memorias particulares que reclaman su propia historia.

Ha sido lanzada la orden de recordar, pero me corresponde a mí recordar y soy yo quien recuerda. La metamorfosis histórica de la memoria se ha pagado con una conversión definitiva a la psicología individual. Los dos fenómenos están tan estrechamente vinculados que es posible evitar notar hasta su exacta coincidencia cronológica.

¿No es acaso a fines del siglo pasado, cuando se dejan ver los resquebrajamientos decisivos de los equilibrios tradicionales, en particular el hundimiento del mundo rural, que la memoria hace su aparición en el centro de la reflexión filosófica con Bergson, en el centro de la personalidad psíquica con Freud, en el centro de la literatura autobiográfica con Proust? La fractura de lo que fue, para

nosotros, la imagen misma de la memoria encarnada en la tierra y el advenimiento repentino de la memoria en el corazón de las identidades individuales son como las dos caras de la misma fractura, el principio del proceso que explota hoy en día. ¿Y no es acaso a Freud y a Proust a quienes les debemos inclusive los dos lugares de memoria íntimos y sin embargo universales que son la escena primitiva y la célebre pequeña magdalena? Este desplazamiento de la memoria supone una transferencia decisiva: de lo histórico a lo psicológico, del lo social a lo individual de lo transmisivo a lo subjetivo de la repetición a la rememoración. Inaugura un nuevo régimen de memoria, asunto de ahora en adelante privado. La psicologización integral de la memoria contemporánea conllevó una economía singularmente nueva de la identidad del yo, mecanismos de la memoria y de la relación con el pasado.

Puesto que es en definitiva sobre el individuo y el sólo el individuo quien pesa la coacción de la memoria, de manera insistente al mismo tiempo que indiferenciada; de la misma manera que es sobre su relación personal con su propio pasado que reposa su posible revitalización. La atomización de una memoria general en memoria privada otorga a la ley del recuerdo un intenso poder de coerción interior. Crea en cada uno la obligación de acordarse y de recubrir de pertenencia el principio y el secreto de la identidad. Esta pertenencia, en revancha, lo compromete por entero. Cuando la memoria no está más presente por todos lados, no estaría en ninguna parte si el individuo no decidiera hacerse cargo de ella una consciencia individual, por medio de una decisión solitaria. Cuanto menos colectivamente es vivida la memoria, más necesita hombres particulares que se convierten ellos mismos en hombres-memoria. Es como una voz interior que les diría a los corsos: "Deben ser corso", y a los bretones: "¡Es necesario ser bretón!". Para comprender la fuerza del llamado de esta asignación, posiblemente sería necesario mirar en dirección de la memoria judía, que conoce hoy entre tantos judíos desjudaizados, una reciente reactivación. Es que dentro de esta tradición que no tiene otra historia que su propia memoria, ser judío es acordarse de serlo, pero ese recuerdo irrecusable una vez que se ha internalizado íntima por completo al individuo. ¿Memoria de qué? Cuanto mucho, memoria de la memoria. La psicologización de la memoria ha dado a todos y cada uno el sentimiento de que de la pago de una deuda imposible de saldar dependía finalmente su salvación.

Memoria archivo, memoria-deber, es necesario un tercer pincelazo para completar este cuadro de metamorfosis: memoria-distancia .

Pues nuestra relación con el pasado, al menos tal como se lo puede descifrar a través de las producciones históricas más significativas, es totalmente diferente del que se espera de una memoria. Ya no una continuidad retrospectiva, sino la puesta en evidencia de la discontinuidad. Para la historia-memoria de antes, la verdadera percepción del pasado consistía en considerar que no era verdaderamente pasado. Un esfuerzo de rememoración podía resucitarlo; el presente mismo transformándose a su manera en un pasado reconducido, actualizado, conjurado en tanto que presente por esta soldadura y este anclaje. Sin duda era necesario, para que haya sentimiento de pasado, que una ruptura apareciera entre el presente y el pasado, que aparecieran un “antes” y un “después”. Pero no se trataba tanto de una separación vivida sobre el modo de la diferencia radical como de un intervalo vivido sobre el modo de filiación a restablecer. Los dos grandes temas de inteligibilidad de la historia, al menos desde los Tiempos Modernos, progreso y decadencia, expresaban bien este culto a la continuidad, la certeza de saber a quién y a qué debíamos el hecho de ser como somos. De allí la imposición de la idea de “orígenes”, forma ya profana del relato mitológico, pero que contribuía a dar a una sociedad en vías de laicización nacional su sentido y su necesidad de sagrado. Cuanto más grandes fueran los orígenes, más nos engrandecían. Ya que a través del pasado nos veneramos a nosotros mismos. Es esta relación la que se rompió. De la misma manera que el porvenir visible, previsible, manipulable, proyección del presente, se volvió invisible, imprevisible, inmanejable, llegamos, simétricamente, de la idea de un pasado visible, a un pasado invisible, de un pasado al mismo nivel a un pasado que vivimos como una fractura de una historia que se buscaba en el continuo de una memoria a una memoria que se proyecta en lo discontinuo de una historia. Ya no se hablará de “orígenes” sino de “nacimiento”. El pasado nos es dado como radicalmente otro, es este mundo del que nos hemos cortado para siempre. Y es en la puesta en evidencia de toda la distancia que nos separa en nuestra memoria confiesa su verdad.

Porque no habría que creer que el sentimiento de discontinuidad se satisface de lo vago y lo borroso de la noche. Paradójicamente, la distancia exige el acercamiento que la conjura y le da, al mismo tiempo, su vibrato. La alucinación artificial es concebible, solamente, en un régimen de discontinuidad. Toda la dinámica de nuestra relación con el pasado reside en ese juego sutil de lo infranqueable y lo abolido. En el primer sentido del término, se trata de una representación, radicalmente diferente de lo que buscaba la antigua resurrección. Tan integral como ella se quiso, la resurrección implicaba, en efecto una jerarquía de recuerdo hábil para manejar las sombras y luces para ordenar la perspectiva del pasado bajo la mirada de un presente

finalizado. La pérdida de un principio explicativo único nos precipitó en un universo estallado, al mismo tiempo que promovió todo objeto, hasta el más humilde, el más improbable, el más inaccesible a la dignidad del misterio histórico. Es que antes sabíamos de quien éramos hijos, y hoy somos hijos de nadie y de todo el mundo. Sin saber de qué estará hecho el pasado, una inquieta incertidumbre transforma todo en huella, indicio posible, sospecha de historia de la que contaminamos la inocencia de las cosas. Nuestra percepción del pasado es la apropiación vehemente de lo que sabemos que ya no es nuestro. Esta exige la acomodación precisa sobre un objetivo perdido. La representación excluye el fresco, el fragmento, el cuadro de conjunto; ésta procede por esclarecimiento puntual, multiplicación de extracciones selectivas, muestras significativas. Memoria intensamente retiniana y potentemente televisiva. ¿Cómo no relacionar el famoso “retorno del relato” que pudimos ver en las maneras más recientes de escribir la historia y la todopoderosa imagen en la cultura contemporánea? Relato muy diferente al relato tradicional, con su encierro en sí mismo y su recorte sincopado. ¿Cómo no unir el escrupuloso respeto del documento de archivo, el singular aumento de la oralidad –citar los actores, hacer oír su voz- con la autenticidad del directo a la cual nos hemos acostumbrado? ¿Cómo no ver, en ese gusto del cotidiano al pasado el único medio de restituarnos la lentitud de los días y el sabor de las cosas? ¿Cómo no leer, en esas bolas de pasado que nos dan tantos estudios de micro-historia, la voluntad de igualar la historia que reconstruimos a la historia que vivimos? Memoria-espejo diríamos, si los espejos no reflejaran la imagen del mismo, cuando, al contrario buscamos la diferencia a descubrir; y en el espectáculo de esta diferencia, la aparición repentina de una identidad inencontrable. Tampoco una génesis, sino el desciframiento de lo que somos a la luz de lo que ya no somos más.

Es esta alquimia de lo esencial la que, extrañamente, contribuye a hacer del ejercicio de la historia, cuyo brutal empuje hacia el porvenir debería dispensarnos, el depositario de los secretos del presente. No tanto la historia como el historiador a través del que se cumple la operación taumática. Extraño destino el suyo. Su rol era antes simple y su lugar inscrito en la sociedad: hacer la palabra del pasado y el pasador del porvenir. A este título, su persona contaba menos que su servicio; debía ser sólo un transparente erudito, un vehículo de transmisión, un guión tan liviano como fuera posible entre el materialismo bruto de la documentación y la inscripción en la memoria. En definitiva una ausencia obsesiva de objetividad. De la explosión de la historia-memoria emerge un personaje nuevo, dispuesto a confesar, a diferencia de sus predecesores, la relación estrecha, íntima y personal que él tiene con su tema.

Mejor, a proclamarlo a profundizarlo, a hacer no el obstáculo sino la palanca de su comprensión. Ya que este tema debe toda su subjetividad, su creación y su recreación. Es él el instrumento del metabolismo, el que da sentido y vida a lo que en sí y sin él, no tendría ni sentido ni vida. Imaginemos una sociedad enteramente absorbida por el sentimiento de su propia historicidad; ésta se vería en la imposibilidad de secretar historiadores. Viviendo íntegramente bajo el signo del futuro, se contentaría con los procedimientos de grabación automática de ella misma y se la satisficiera con máquinas que se autocontabilicen, enviando a un futuro indefinido la tarea de comprenderse ella misma. Por el contrario, nuestra sociedad arrancada a su memoria por la amplitud de sus cambios, pero tan obsesionada por comprenderse históricamente, está condenada a hacer del historiador un personaje cada vez más central, porque en él se opera aquello de lo que, no podría prescindir: el historiador es quien impide que la historia no sea más que historia.

Y de la misma manera que debemos a la distancia panorámica el plan amplio y a la extrañeza definitiva una hiper-veracidad artificial del pasado, el cambio de modo de percepción lleva obstinadamente al historiador a los objetos tradicionales de los que se había desviado, los usuales de nuestra memoria nacional. Aquí está otra vez en el umbral de su casa natal, la vieja morada deshabitada, irreconocible. Con los mismos muebles de la familia pero bajo otra luz. Delante del mismo taller pero, para otra obra. En la misma pieza pero para otro rol. La historiografía inevitablemente inmersa en su edad epistemológica, definitivamente cerrada la era de la identidad, la memoria ineluctablemente agarrada por la historia, no es más un hombre-memoria, sino en su misma persona, un lugar de memoria.

III. Los lugares de memoria, otra historia

Los lugares de memoria pertenecen a don reinos, esto es lo que hace su interés pero también su complejidad: simples y ambiguos, naturales y artificiales, inmediatamente ofrecidos a la experiencia más sensible y al mismo tiempo relevando la elaboración más abstracta.

Son lugares, en efecto, en los tres sentidos de la palabra, material, simbólico y funcional pero simultáneamente, a grados solamente diversos. Incluso un lugar de apariencia puramente material, como un depósito de archivos, es sólo lugar de memoria si la imaginación lo inviste de un aura simbólica. Incluso un lugar puramente

funcional, como un manual de clase, un estamento, una asociación de ex combatientes, entra en la categoría sólo si el objeto es de un ritual incluso un minuto de silencio, que parece el ejemplo extremo de una significación simbólica, es al mismo tiempo como el recorte material de una unidad temporal y sirve periódicamente a un llamado concentrado del recuerdo. Los tres aspectos coexisten siempre. ¿Se trata de un lugar de memoria tan abstracto como la noción de generación? Esta es material por su contenido demográfico; funcional por hipótesis porque garantiza la cristalización del recuerdo y su transmisión al mismo tiempo; pero simbólica por definición, ya que caracteriza por un hecho o una experiencia a vivida por un número pequeño, una mayoría que no ha participado.

Lo que los constituye es un juego de la memoria y de la historia, una interacción de dos factores que llega a su sobredeterminación recíproca. Al principio tiene que haber voluntad de memoria. Si abandonáramos el principio de esta prioridad, derivaríamos rápidamente de una definición estrecha, más rica en potencialidades, hacia una definición posible, pero blanda, susceptible de admitir en la categoría todo objeto virtualmente digno de un recuerdo. Un poco como las buenas reglas de la crítica histórica de antes, que distinguía las “fuentes directas” es decir las que una sociedad ha producido voluntariamente para ser reproducidas como tales una ley, una obra de arte, por ejemplo y la masa indefinida de “fuentes indirectas” es decir, todos los testimonios que la época dejó sin dudar de su utilización futura por los historiadores. Que falte esta intención de memoria, y los lugares de memoria son lugares de historia.

Por el contrario, está claro que si la historia, el tiempo, el cambio no intervinieran, habría que contentarse con un simple histórico de los memoriales. Lugares pues, pero lugares mixtos, híbridos y mutantes, íntimamente anudados de vida y de muerte, de tiempo y de eternidad, en un espiral de lo colectivo y lo individual, de lo prosaico y lo sagrado, de lo inmóvil y de lo móvil. Si es verdad que la razón de ser fundamental de un lugar de memoria es parar el tiempo, bloquear el trabajo del olvido, fijar un estado de cosas, inmortalizar la muerte, materializar lo inmaterial para – el oro es la única memoria del dinero- encerrar el máximo de sentidos en un mínimo de está claro y es lo que los vuelve apasionantes, que los lugares de memoria viven de su aptitud a la metamorfosis, en el incesante rebote de sus significaciones y el bosque imprevisible de sus ramificaciones.

Dos ejemplos en diferentes registros. El calendario revolucionario: lugar de memoria si los hay, ya que en tanto que calendario debía dar los marcos *a priori* de toda memoria posible, y como revolucionario, se proponía por su nomenclatura y por su simbólica “abrir un nuevo libro a la historia” como dice ambiciosamente su principal organizador, “dar enteramente los franceses a ellos mismos”, según otro de sus informadores. Y con este fin, parar la historia a la hora de la Revolución indexando el porvenir de meses, de días, de siglos y de años sobre la imaginaria de la epopeya revolucionaria. Lo que más que nada lo constituye como lugar de memoria, a nuestros ojos, es su fracaso de ser lo que habían querido sus fundadores. Si, en efecto, hoy viviéramos a su ritmo nos sería tan familiar como el calendario gregoriano, que hubiera perdido su virtud de lugar de memoria. Se habría fundido en nuestro pasaje memorial y serviría sólo para contabilizar todos los demás lugares de memoria imaginables. Pero su fracaso no es total: aparecen fechas claves, hechos atados a él para siempre, Vendimiario, Termidor, Brumario. Y los motivos del lugar de memoria se vuelven sobre sí mismos, se duplican en espejos que deforman que son su verdad. Ningún lugar de memoria escapa a estos arabescos fundadores.

Tomemos esta vez el caso del célebre *Tour de la France par deux enfants*: lugar de memoria igualmente indiscutible, ya que al mismo título que el “Petit Lavisse”, formó la memoria de millones de Jóvenes franceses en tiempos en que un ministro de Instrucción Pública podía sacar su reloj del bolsillo para declarar a las ocho y cinco de la mañana: “Todos nuestros niños pasan los Alpes”. Lugar de memoria también, como inventario de lo que hay que saber de Francia, relato identificador y viaje iniciático. Pero las cosas se complican: una lectura atenta muestra que, desde su aparición, en 1877, *Le Tour* estereotipa una Francia que ya no es y que en ese año del 16 de mayo que ve la consolidación de la República, saca su seducción de un sutil encantamiento del pasado. Libro para niños que, como ocurre a menudo, es la memoria de los adultos que hace en parte su éxito. Treinta y cinco años después de su publicación, cuando la obra reina todavía antes de la guerra, es ciertamente leído como llamada, tradición ya nostálgica: a prueba, en despecho de su revisión y de su puesta al día, la antigua edición parece venderse mejor que la nueva. Luego el libro se vuelve raro, no se lo utiliza sino en los medios residuales, al fondo de los campos lejanos; se lo olvida. *Le Tour de la France* se vuelve poco a poco una rareza, tesoro de granero o documento para los historiadores. Deja la memoria colectiva para entrar en la memoria histórica, luego en la memoria pedagógica. Para su centenario, en 1977 en el momento en el que *Le Cheval dorgueil* llega al millón de ejemplares y en el que la Francia industrial de Giscard, pero ya alcanzada por la crisis económica descubre su

memoria oral y sus raíces campesinas, entonces se lo reimprime, y *Le Tour* entra otra vez en la memoria colectiva, no la misma, esperando nuevos olvidos y nuevas reencarnaciones. ¿Qué es lo que le da su carnet a esta vedette de los lugares de memoria, su intención inicial o el retorno sin fin de cielo de su memoria? Evidentemente las dos cosas: todos los lugares de memoria son objetos en abismo.

Es este principio mismo de doble pertenencia el que permite operar, en la multiplicidad indefinida de los lugares, una jerarquía, una delimitación de su campo, un repertorio de sus gamas.

En efecto, si vemos bien las gran grandes categorías de objetos que pertenecen al género –todo aquello que compete al culto a los muertos, todo lo que se relaciona con el patrimonio, todo aquello que administra la presencia del pasado en el presente-, es evidente sin embargo que habrá algunos, que a pesar de no entrar en la estricta definición pueden pretender ser incluidos y que, inversamente, muchos, y aún la mayoría de los que por principio estarían incluidos en ella deben, de hecho, ser excluidos. Lo que constituye en lugares, y aun en lugares de alta importancia, a ciertos sitios prehistóricos, geográficos o arqueológicos frecuentemente es aquello que debería impedirselo, la ausencia absoluta de voluntad de memoria, compensada por el peso aplastante con que los ha cargado el tiempo, la ciencia, el sueño, y la memoria de los hombres. Por el contrario, no cualquier monolito demarcador de fronteras tiene los mismos títulos que el Rhin, o el “Finistère”, este “fin de las tierras”, al cual las célebres páginas de Michelet, por ejemplo, le han conferido cartas de nobleza. Toda constitución, todo tratado diplomático son lugares de memoria, pero la constitución de 1793 no lo es al mismo título que la de 1791, con la Declaración de los Derechos de Hombre, lugar de memoria fundador; y la Paz de Nimega no lo es al mismo título que los dos hitos de la historia de Europa, la partición de Verdun y la conferencia de Yalta.

En la mezcla, es la memoria quien dicta y la historia quien escribe. Es por ello que dos dominios merecen que nos detengamos en ellos, los acontecimientos y los libros de historia, puesto que al no ser mezclas de memoria e historia, sino los instrumentos por excelencia de la memoria y de la historia, permiten delimitar netamente el dominio. ¿Toda gran obra histórica y el género histórico mismo no son acaso una forma de lugar de memoria? ¿Todo gran acontecimiento y la noción de acontecimiento no son, por definición, lugares de memoria? Ambas preguntas exigen una respuesta precisa.

Entre los libros de historia únicamente son lugares de memoria aquellos que se basan en una reorganización de la memoria o constituyen sus brevariarios pedagógicos. Los grandes momentos de fijación de una nueva memoria histórica no son, en Francia, tan numerosos. En el siglo XIII las *Grandes Chroniques de France* que condensa la memoria dinástica y establecen el modelo de varios siglos de trabajo historiográfico. En el siglo XVI, durante las guerras de religión, es la escuela llamada de la “historia perfecta” quien destruye la leyenda de los orígenes troyanos de la monarquía y restablece la antigüedad gala: *Les Recherches de la France*, de Étienne Pasquier (1599) constituyen, ya desde la modernidad del título, una ilustración emblemática. Es la historiografía de fines de la Restauración quien introduce brutalmente la concepción moderna de la historia: las *Lettres sur l'histoire de France* de Augustin Thierry (1820) constituyen el puntapié inicial y su publicación definitiva en volumen en 1827 coincide, con pocos meses de diferencia, con el primer verdadero libro de un ilustre debutante, el *Précis d'histoire moderne* de Michelet, y los comienzos de los cursos de Guizot sobre “historia de la civilización de Europa y de Francia”. Es, finalmente, la historia nacional positivista de la cual la *Revue historique* representa el manifiesto (1876) y la *Histoire de France* de Lavissee, en veintisiete volúmenes, constituye el monumento. Lo mismo para las Memorias, que, por su nombre mismo podrían parecer lugares de memoria; lo mismo para las autobiografías o los diarios íntimos. Las *Mémoires d'outre-tombe*, la *Vie de Henry Brulard* o el *Journal d'Amiel* son lugares de memoria, no porque sean mejores o más grandes, sino porque complican el simple ejercicio de la memoria con un juego de interrogación sobre la memoria en sí. Se puede decir lo mismo de las Memoria de los hombres de Estado. De Sully a de Gaulle, del *Testament* de Richelieu al *Mémorial* de *Sainte-Hélène* y al *Journal* de Poincaré, independientemente del valor desigual de los textos, el género tiene sus constantes y sus especificidades: implica un saber de las otras Memorias, un desdoblamiento del hombre de pluma y del hombre de acción, la identificación de un discurso individual con uno colectivo y la inserción de una razón particular en una razón de Estado: todos motivos que obligan, en un panorama de la memoria nacional, a considerarlos en tanto que lugares.

¿Y los “grandes acontecimientos”? Únicamente dos tipos de entre ellos pertenecen al área, que no dependen en absoluto de su grandeza. Por una parte los acontecimientos a veces ínfimos, apenas remarcados en el momento, pero a los cuales, por contraste, el futuro les ha retrospectivamente conferido la grandeza de los orígenes, la solemnidad de las rupturas inaugurales. Y, por otra parte, los acontecimientos donde, en definitiva, no pasa nada, pero que inmediatamente son

cargados de un sentido pesadamente simbólico y que son en sí mismos, en el instante de su desarrollo como su conmemoración anticipada, la historia contemporánea, por intermedio de los medios masivos de comunicación, presenta múltiples tentativas nacidas muertas. De un lado, por ejemplo, la elección de Huges Capet, incidente sin brillo pero al cual una posteridad de diez siglos terminada en el patíbulo da un peso que no tenía en el origen. Del otro lado el vagón de Rethondes, el apretón de manos de Montoire o el recorrido triunfal de los Champs-Élysées cuando la Liberación. El acontecimiento fundador o el acontecimiento espectáculo. Pero en ningún caso el acontecimiento él mismo, admitirlo en la noción resultaría en negar la especificidad. Es al contrario su exclusión que la delimita: la memoria se adhiere a lugares como la historia a acontecimientos.

Contrariamente, nada impide que en el interior del campo se imaginen todas las distribuciones posibles y todas las catalogaciones que se imponen, Desde los lugares más naturales, presentados por la experiencia concreta, como los cementerios, los museos y las efemérides, hasta los lugares más intelectualmente elaborados, que no nos privaremos de utilizar; no sólo la noción de generación, ya evocada, de linaje, de “región-memoria”, sino la de “particiones” sobre las cuales están basadas todas las percepciones del espacio francés, o la de “paisaje como pintura”, inmediatamente inteligible si pensamos particularmente en Corot o en la *Sainte-Victoire* de Cézanne. Si ponemos el acento en el aspecto material de los lugares, ellos se autodisponen en un vasto degradé. Así se presentan, en primer término, los portátiles, que no son los menos importantes puesto que el pueblo de la memoria da un ejemplo mayor con las Tablas de la Ley; también aparecen los topográficos, que deben todo a su localización precisa y su fijación al suelo: así pasa con todos los lugares turísticos, lo mismo con la Biblioteca Nacional, tan unidad al hotel Mazarino como los Archivos Nacionales al hotel Soubisse. También aparecen los lugares monumentales, que no se confundirán con los lugares arquitectónicos. Los primeros, estatuas o monumentos a los muertos, reciben su significación de su existencia intrínseca; aún si la localización está lejos de ser indiferente, otra encontraría su justificación sin alterar la suya. No pasa lo mismo con los conjuntos construidos por el tiempo, y que reciben su significación de relaciones complejas entre sus elementos: espejos del mundo o de una época, como la catedral de Chartres o el palacio de Versailles.

¿Nos ataremos, al contrario a la dominante funcional? Se abrirá el abanico de lugares claramente consagrados al mantenimiento de una experiencia intransmisible y

que desaparecen con los que la han vivido, como las asociaciones de ex combatientes, a los que la razón de ser también pasajera, es de orden pedagógico, como los manuales, los diccionarios, los testamentos o los “libros de razón” que en la época clásica los jefes de familia redactaban para el uso de sus descendientes. ¿Seremos más sensibles al componente simbólico? Opondremos, por ejemplo, los lugares dominantes y los lugares dominados. Los primeros, espectaculares y triunfantes, imponentes y generalmente impuestos, ya sea por una autoridad nacional o un cuerpo constituido, pero siempre desde arriba, tienen a menudo la frialdad o la solemnidad de las ceremonias oficiales. Los segundos son los lugares refugio, el santuario de Fidelidades espontáneas y de peregrinajes de silencio. Es el corazón vivo de la memoria. Por un lado, el Sagrado Corazón, por el otro, el peregrinaje popular de Lourdes; por un lado, el entierro nacional de Paul Valéry, por el otro, el entierro de Jean Paul Sartre; por un lado la ceremonia fúnebre de de Gaulle en Notre-Dame, por el otro el cementerio de Colombey.

Podríamos enumerar clasificaciones hasta el infinito. Oponer los lugares públicos a los lugares privados, los lugares de memoria puros que agotan su función conmemorativa –como el muro de los Federados-, y aquellos cuya dimensión de memoria es sólo una entre el manojó de sus significaciones simbólicas, bandera nacional, circuito de fiestas, peregrinajes, etc. El interés de este esbozo de tipología no está en su rigor ni en su exhaustividad. Ni siquiera en su riqueza evocadora. Sino en el hecho de que sea posible. Esto muestra que un hilo invisible une objetos sin relación evidente, y que la reunión bajo el mismo jefe de Père-Lachaise y de la Estadística general de Francia, no es el encuentro surrealista del paraguas y la plancha. Hay una red articulada de estas identidades diferentes, una organización inconsciente de la memoria colectiva que debemos hacer consciente de ella misma. Los lugares son nuestro momento de historia nacional.

Una marca simple, pero decisiva, los pone radicalmente aparte de todos los tipos de historia a los que estamos acostumbrados, viejos o nuevos. Todos los acercamientos históricos y científicos de la memoria, se hayan dirigido a la de la nación o a la de las mentalidades sociales, tenían que ver con las *realia*, con las cosas mismas de las que se esforzaban en tomar la realidad viva. A diferencia de todos los objetos de la historia, los lugares de memoria no tienen referentes en la realidad. O más bien, son ellos mismos su propio referente, signos que envían a sí, signos en estado puro. No es que no tengan contenido, ni presencia física ni historia; todo lo contrario. Sino eso que hace los lugares de memoria y aquello por lo que,

precisamente, escapan a la historia. *Templum*: recorte en lo indeterminado de lo profano –espacio o tiempo, espacio y tiempo- de un círculo al interior del cual todo cuenta, todo simboliza, todo significa. En este sentido, el lugar de memoria en un lugar doble; un lugar de exceso encerrado en sí mismo, cerrado en su identidad y recogido sobre su nombre, pero constantemente abierto en sus significaciones.

Esto hace su historia más banal y menos ordinaria. Temas evidentes, el las fuentes al alcance de la mano, los métodos menos sofisticados. Nos podríamos creer de vuelta a la historia de anteaer. Pero es otra cosa. Estos objetos no son comprensibles sino en su empirismo más inmediato, pero la apuesta está en otro lado, no apta para expresarse en las categorías de la historia tradicional. Crítica histórica que transformó en historia crítica, y no solamente por sus propios instrumentos de trabajo. Historia puramente transferencial que, como la guerra es un arte de pura ejecución, hecho de la felicidad frágil de la relación con el objeto refrescado y del compromiso desigual del historiador con su terna. Una historia que descansa, al fin de cuentas, sobre lo que moviliza, un lazo impalpable. Reviviscencia de una historia a la Michelet, que hace pensar invenciblemente a este despertar del duelo del amor del que Proust habló tan bien, este momento en que la influencia obsesiva de la pasión se levanta, pero en el que la verdadera tristeza es la de no sufrir de aquello de lo que se ha sufrido tanto y que desde ahora comprendemos solamente con las razones de la cabeza y ya no con la irracionalidad del corazón.

Referencia bien literaria. ¿Acaso hay que lamentarlo o hay que darle su plena justificación? La memoria conoció sólo dos formas de legitimidad: histórica o literaria. Se ejercieron paralelamente, pero hasta ahora separadamente. Hoy la frontera se esfuma y sobre la muerte casi simultánea de la historia-memoria y de la memoria-ficción, nace un tipo de historia que debe a su relación nueva con el pasado, otro pasado, su prestigio y su legitimidad. La historia es nuestro imaginario de reemplazo. Renacimiento de la novela histórica, moda del documento personalizado, revitalización literaria del drama histórico, éxito del relato de historia oral, ¿cómo se explicarían sino como la parada de la ficción desfalleciente? El interés por los lugares donde se ancla, se condensa y se expresa el capital agotado de nuestra memoria colectiva muestra esta sensibilidad. Historia, profundidad de una época arrancada a su profundidad, novela verdadera de una época sin verdadera novela. Memoria promovida al centro de la historia: es el duelo resplandeciente de la literatura.